Villa de Los Corrales

No hacía tanto que se había marchado Don Lázaro, notario por las mañanas y aprendiz de sacristán por las tardes noches cuando no le faltaba el aliento o había otros menesteres tal que ver a su sobrina, con quien dormía regularmente, por decirlo de algún modo, en el arcoíris de sus deseos insaciables. Una tibia emoción le recorría al sentirla ceñida a su cintura. Todavía, de esas miradas viriles. Llevaba carteras de trabajo y de asuntos sociales de esos más que credos. Decían que había sido militar; y que estuvo en la guerra. Palabras que eran estrellas en el crepúsculo de cada día, en Rota. Aquella villa en la que se acabó aquello del andar de matojo en matojo. Sostenía que no se podía gobernar un país como una empresa, menos aún, la Base militar en la que estaban. Manuela, su sobrina, era de las de probar a vivir en su baja nobleza, de las de encontrarle el sentido a la vida y perderle el miedo a la muerte (su gran miedo era quedarse en nada, pasar por la vida sin pena ni gloria). Vivir era un detalle que a menudo olvidaban otras personas, no ella y su silla de ruedas. Los años que estuvo viviendo fuera de esa villa de Los Corrales, tal y como ella misma la conocía desde bien chica, no fueron ni mejores ni peores que los que le quedaban por vivir, abrazándose en trenzados de anhelos y esperanzas. Ni él ni ella tenían un discurso revanchista, simplemente vivían con ardiente paciencia, bebían el vino tinto muy frío y siempre se terminaban la cena, huyendo de broncearse, habiendo desarrollando la extraña habilidad española de saber instintivamente hasta dónde llegaba la genialidad para no meterse en charcos, plagados de obscenidades de asombrosa inventiva y conciencia anatómica.

La felicidad de los demás lo notaban tan pronto se saltaban las normas. Nadie en su sano juicio sería capaz de pagar por acostarse con una víctima de la vida como ella, y lo hacían. Zoe, su vecina, debía de aguantar eso y mucho más, en un precario silencio y con la tecnología militar por bandera, porque estaban a un paso del futuro, con blindados autónomos, drones suicidas y simuladores por doguier, por primitivos que pudieran llegar a ser, viviendo observando sombras que se movían y pudieran ser la realidad. La industria armamentística no paraba, siempre había tecnologías con las que innovar, por fatales que resultasen. Una industria, que por el contrario jamás desechaba arma alguna. Zoe representaba todo ese extraño orden de las cosas, estando en contra de ese absoluto desdén y las malas puntualidades (alguien que no era ambivalente con los toros, oponiéndose a esa fiesta). Se ocupaba de retratarlo todo, como fotógrafa profesional. Si bien, todo ello estaba previamente concertado, porque había que pasar todos los filtros. La misma Zoe, la que no se acostaba con ningún hombre, y que siempre iba a las bodas: y nunca era para casarse. Las fotografiaba. Prefiriendo los funerales a las bodas (los funerales eran una convención social más, y eso que ella no creía ni en Dios ni en una vida después de la muerte). Algunos, y algunas, la trataban en esos haberes como si fuera un perro sin amo, con el mirar a un lado y al otro y, al tiempo, serle condescendiente. Hasta le proponían matrimonio. Su respuesta era de libro de fotografía mayor: "Señora, dígale a su marido que cuando uno pide que llueva tiene que aguantarse con el barro". Así salía del atolladero, o los metía, porque una mujer inteligente no se ponía triste, se ponía bonita, cosa que le enseñó Manuela desde su accidente, combinando el idealismo del hidalgo Don Quijote de la Mancha con el pragmatismo de todo un bárbaro Sancho Panza.

Manuela no tenía hijos porque Dios era sabio. Manuela, la misma que hacía soñar con el cielo a los hombres, pero que nunca se lo concedía del todo.

Sí, a la buena gente le pasaban cosas malas, y cosas buenas. Como a los militares de oficio y banderas. Lo que no se podía era vivir a lo grande con la paga de un botones, que era la pensión que cobraba Manuela y otros muchos. Profesora de idiomas a distancia en sus ratos libres, y responsable de las redes sociales de esa Base militar por obra y gracia del coronel Don Carlos Vela (de un solo idioma, y ninguno). Cuando la impedida daba clases a mujeres de Ucrania, Rusia o Francia ninguna podría sospechar de su estado. Por videoconferencia la pantalla del ordenador portátil no les mostraba más que de cintura para arriba, amén de sus dos expresiones: con sombrero, y sin sombrero. En una escuchaba y podría ser todo lo que quisiera, en la otra apenas iba a superar el día. En un día bueno podría, desde el momento en que se despertaba, entregarse a la perfección en cualquiera de sus disciplinas. Al menos lo intentaba. Y colocaba las tres emociones clave en su orden: primero el miedo, después el rechazo, y por último la esperanza. Cuando vivía de noche, entre soldado y delincuente, era cuando se volvía grosera al ponerse nerviosa y no paraba de ponerle cara a los nombres, no sabiendo mucho de los trabajos honrados y sí de toda una asfixiante red de mentiras.

-Deja de ser una víctima de la vida, no eres francesa -le decía Zoe, acusándola. Una Zoe tahúr, jugadora, y de mirada quieta.

A la que también se le hacía grande el mundo, y a la que le molestaban los cohetes de Ambrosio, que le volvía loco eso de asomarse al balcón y prenderlos mientras le hería un calambre en el pecho.

En fin, que a cada ronda de bebida olvidaban o recordaban, según les apeteciese, con tal de suministrarse ese medio gramo de alcohol que precisaban sus cerebros a diario, como poco. La cuestión ¿sexo o comida?, no iba a ser la pregunta más cruel que hubieran de volver a escuchar esas dos señoritas. Su hija se iba a llamar Aria, fruto de ese trabajo en equipo en el cual ambas participaban con igual pasión y dedicación, o lo intentaban, inmersas en una humanidad que reflejaba la diversidad y excentricidad a la cual no todos estaban acostumbrados. Don Lázaro, cliente habitual, según qué días se llevaba al nieto. Ese hombre mayor había pasado la etapa del prohibicionismo como ningún otro, sin embargo, no todos los vecinos del condominio veían bien que un crío de pocos años se quedase esperando en el pasillo, cual isla del pasado en medio de varios felpudos de bienvenida, enjugascado con un coche en miniatura, a riesgo de subir y bajar las escaleras y tropezarse. De ahí, que algunas de esas veces, a Zoe le tocaba hacer de madraza, tiempo que aprovechaba para fotografiar al peque si le daba mucho la tabarra (con él no sufría de entumecimiento del habla). Artistas, escritores, poetas, pintores y policías, cuando entraban a casa de Manuela Goicoechea, que era lo que se leía en la puerta, no embargaban la emoción como ese notario. "Me encanta este lugar, sentarme aquí, y pensar contigo" sentía y decía cada vez que iba. Su familia pensaba que, al fisioterapeuta, por veintiocho euros la sesión. Una familia que intentaba estar bien lejos, o cuando menos no pertenecer a esa Base y su entorno de localidades, principalmente Rota. Sesiones de mantenimiento para pacientes crónicos. Y cuando le decían que había estado con la inválida y no con la fisio (vecina de puerta) sabía explicarse casi que mejor, argumentando que debía ponerla al día de los asuntos de la Base y extramuros al objeto de estar al corriente como social media manager que era Manuela, oficialmente, en ese entramado vecinal y militar. Una vez hasta cenó allí, con ellas. Para cuando salió había dejado los huesos del pollo inmaculados; en otras comió lubina con patatas al horno, que le encantaban. Manuela las aliñaba con una base de aceite, cárcamo, perejil y limón. Poquísimas mujeres o ningunas otras cocinarían para sus amantes, sin mayor razón que la piel, los ojos y los cabellos, entreverando con la vida, el cáncer, su primera mujer, los hijos y la gastronomía, que era excelente.

Y todo en un reducido o aprovechado segundo piso exterior que tenía un baño para las damas, y otro para ellos, y desde donde se podía sentir el salitre del mar que todo lo sanaba. Zoe, cansada del mundo que todo lo callaba era quien normalmente limpiaba esas veces. Le hacía sentir muy pequeña a Manuela cuando la regañaba, pero, al mismo tiempo, la privilegiaba por ser parte de algo mucho más grande. Y le quitaban las multas de tráfico, y alguna que otra cosilla de papeles. En realidad, eran una ciudad de muchas personas todo ese bloque, y los otros. Con sus vanidades y envidias. La que residía justo al lado, también exterior, como mujer sabía cuándo los hombres les miraban a los ojos y estaban dispuestos a dárselo todo. Muchas veces les hacía la espera en el ascensor del piso, en otras, directamente corría abajo y se les hacía la encontradiza. Otra a la que la cabeza le bullía un revoltijo de posibilidades, que sabía de muchos horarios y de casi todos esos paradigmas. Es más, quería que Manuela la contratase; pero Manuela trabajaba sola. Ella les daba paz a los sentidos de esos hombres que la frecuentaban: moza, soberana, dama, ramera, villana. Margarita quería probarlo todo, como decía ella misma. Otra a la que Zoe fotografiaba de cuando en cuando para sobrellevarle los berrinches, máxime

cuando se le notaba esa falta de alegría en los gestos que alentaban una inexperiencia amorosa y torpeza. En una pared del salón tenía diseminados los titulares de páginas de periódicos testimoniando momentos o relatando crónicas mundiales, como la elección de algunos presidentes, y era donde mejor le posaba Margarita, con sus rizos rebeldes dando rienda suelta a la larga cabellera, tal que una vida asomada a la ventana de un cuadro. Dos o tres fotos ya le hacían sentirse parte de algo. Tanto Margarita la fisioterapeuta, como Manuela la prostituta, con los clientes tenían unas despedidas rápidas, los sentimientos se los guardaban para cuando la frialdad del adiós duraba más que el adiós mismo. Excepciones había. "Mientras sigas teniendo la sonrisa de tu mamá, la vida te seguirá siendo maravillosa; y a mí". O malnacidos hijos de puta que todo lo querían, como el capitán Hidalgo y sus desahogos, que le dejaba cardenales, cosa que ya hizo, y mucho, con su madre. Como mujeres que eran, podían querer con toda su alma y con todo su cuerpo o sin más dejar de querer en un santiamén y darse a otra cantinela. También crecerse y convertirse en otras. La belleza era todo lo que les hacía sonreír en esa arquitectura de seguridad e idiomas, los entendieran o no.

En ese vecindario vivían en su mayoría blancos, y las amistades que cruzaban el umbral del portal solían ser también blancas; en caso contrario, eran tratados como inmigrantes. En las reuniones de la comunidad de vecinos siempre había momentos difíciles con ese tema, porque alguno trataba de esconderse bajo una identidad que no le pertenecía, intentando ser aceptado. Y eso que tenía la ciudadanía. Inmigrantes que llegaban con ganas de aportar, de contribuir a América y a España. Eran reuniones de vecinos en una Base militar prestada, con lo cual se consolidaba una doble identidad a través de las

vivencias de los unos y de los otros con sus distintas versiones, dimes y diretes.

Y eso que hacía años que el capellán prohibió acudir armado o de uniforme a las mismas. Apostar sí se podía; hasta en esos vericuetos apostaban.

Manuela nunca iba a esas reuniones, ni Zoe; delegaban el voto en el administrador de la propiedad. Un gestor de fincas cuyas posesiones cabían en una maleta, el cual presumía de ello en la intimidad cuando las faldas le beneficiaban. Era un tipo raro en su profesión, con más de treinta años ejerciendo. Si bien, en su trasportín negro, el que decía estaba todo. "Todo lo que tengo, todas las pertenencias". Al irse de sus sesiones de fisioterapia, Zoe debía limpiar a conciencia a Manuela, que se quedaba sepultada por su lava. Aliviarle, tenía esas contraindicaciones, retahílas y usos amorosos.

-Gallina vieja siempre hace buen caldo -bromeaba casi inmóvil Manuela, impregnada hasta la saciedad de ese chorro de vida del administrador.

Eso sucedía todos los lunes, a la misma hora. Cuando iba en persona Don Agustín a leer los contadores y a algo más que simplemente las lecturas. Normalmente, nadie firmaba hipoteca alguna ni se casaba un lunes. Y no fallaba, salvo una vez que hubo de anularlo porque debió coger un vuelo a Milán. Eso sí, la importancia de tocar, ver, sentir... volar, la recuperó con creces a la semana siguiente. Le encantaba tener en vilo a Manuela. Casi desde el principio decía que ya no podía más y luego aguantaba hasta que, sin temor a exagerar, la embadurnada diseminándole la ansiedad del hombre que era. Una respuesta sencilla que explicaba muchos fenómenos y ningunos. No obstante, Manuela tenía sus técnicas para acelerar esa conquista y meta. Que no hubiera distancias ni horas de salida no implicaba que ella no supiera distinguir entre el valor del tiempo físico y del emocional. Porque había de sacar tiempo para escribir en las

redes, y para hacerle la novela a Zoe. Una novela de un gorila, que no quería ser gorila, y un libro de guerra para tiempos de guerra y páginas de espuma. Al mismo se daba un poco antes de quedarse profundamente dormida, cuando se encontraba en un estado de semiinconsciencia, que era cuando solía ser mucho más creativa, en un estado de semi lucidez en el que perdía el control de algunos pensamientos. Siempre con su Wagner, el *kalashnikov* silencioso del Kremlin, regalo y pago de una empresa de mercenarios, por sus acciones. Firmando todo aquello que creaba con una frase a modo de seudónimo: *Hasta donde los pies me lleven*.

Zoe lamentaba que Manuela no supiera enrojecer de vergüenza, de cuyo fanatismo y obcecación no se podía librar, habiendo jugado a juegos poco inocentes. Los celos con el amor iban, que no se amaba si no se celaba.

Por otro lado, ya fuera yaciendo con ese tal Don Agustín (otro que sabía que había que ser rey para poder llevarse la amante a palacio), o con su tío político Don Lázaro u otros, como el colectivo de taxistas, se despertaban muchas conciencias dormidas cuando estaban con ella, tales como los derechos humanos, la democratización de una parte de la sociedad, la existencia de una clase media más estable y sólida, y otras consideraciones hombre/mujer, valorando y respetando la condición femenina de la paralítica en una cultura occidental repleta de sombras y arcadas, algunas insospechadas, que sorprenderían a propios y extraños en otras lides que no fuera el hedonismo, poniendo como bandera y eje fundamental el placer y el bienestar en esa vivencia de la nada, tan cerca de la experiencia de la ansiedad como de la felicidad relativa. Quiénes consumían prostitución, con Manuela no se daban a reclamos, tirones, estímulos y absolutismos, o enamoramientos en sí. No eran

tan cosificados, no la trataban como a un reducido objeto. Buscaban la permanente contradicción, por animales capaces que eran en ese vacío espiritual donde algunos hubieran pensado que ella echase a andar y saliese corriendo, disfrutando y poniéndose méritos. De primeras, el no saber a qué atenerse ya les excitaba y emasculaba, envilecidos, para después exaltar ese erotismo y pornografía de acostarse y disfrutar casi al límite de la destrucción de lo más humano del hombre, sujetándole desde lo más hondo y deshonesto. De cualquier modo, algo tenía entre las piernas (medio inertes) esa mujer que les rasgaba las vestiduras más íntimas haciéndoles casi que sangrar de gusto a todo ese infierno de cobardes. En el baño de ellos siempre había un tubo de pomada de vaselina junto al jabón del que no dejaba perfume; y toallitas, de las de usar y tirar, que para limpias ellas.

El agrietárseles el miembro no era por los diálogos de esa prostituta con sus clientes, o las costuras del patriarcado. Era como si el cuerpo femenino rechazase convertirse en mera mercancía, punzante e irónico al poner al desnudo las mentiras del hombre. Ahora bien, ellos se iban descargados, pagando agradecidos el servicio, y volvían encantados, porque salían hablando de amor y de protección (aunque en el fondo solo quisieran abusar de su cuerpo poniéndose a prueba una vez más como hombres que eran). Una debilidad y fuerza que acallaba las peores pesadillas de Manuela. Ella acusaba al gilipollas de Bill Gates de todo. Le gritaba con descaro tal que estuviera justo delante de ella o bien en una remotísima y pequeña aldea kirguiza rodeada de montañas a tomar por culo, entre queja y exigencia, bamboleante pero resuelta:

- ¡Hijo de puta! ¡Maricón de mierda!

Eso le ayudaba en su convalecencia, entre silencios y canciones. Y la música italiana, que le encantaba, solo esa, prefiriendo las voces rasgadas. Cantaba normalmente a solas, o más bien tatareaba letras y melodías varias, mientras el viento le reportaba aromas de otras vidas posibles a Zoe, que era la única que tenía la suerte o desgracia de escucharla cantar. Y también escribía cartas a Alicia: una vecina que ya no estaba con ellas. Una mujer culta y sensible, de temperamento, que lo estaba pasando realmente mal, rivalizando en cortesía y estilo. Llegó a ser considerada la otra puta oficial del bloque. Melómana apasionada, también. Ejercía opuesta a la estación del sol, pero no tan alejada de la suya como pensaba. Margarita, que no buscaba moralidad ni perfidia alguna, sino ser el oscuro objeto de deseo, realidades, sexo indiscriminado, brutalismo y placeres momentáneos, pudo haberlas escuchado a ambas a través de las cañerías si se empecinaba de más en ese inevitable equilibrismo pagano entre una sesión de fisioterapia y otra. También se le había ofrecido en su existencia y sufrimiento a Alicia, que tampoco la llegó a acoger como principiante o ayudanta en esas lides del acostarse por dinero y lo que no era solo el dinero. Pero sí, paradójicamente, el capitalismo creó en su día la clase media porque la necesitaba y el neoliberalismo la estaba dejando morir también porque lo necesitaba. El cerebro y las entrañas de Margarita guerían ese reto de conocer los obstáculos de la prostitución y recordar biologías varias en la cumbre del amor, del dolor y de la impotencia. El odio del ocaso con gentes venidas del frente o en sus idas. Chicos malos. Prefería a los que se estaban masturbando, siempre antes que a los de las pantallitas, habiéndole llegado la edad de ser sincera con las intenciones que tenía o quería con los demás. Maldad y bondad que le existían y confrontaban. Besos en la frente con los que tampoco contaba. Las cartas que redactaba la señorita Goicoechea venían a ser historias de sus calamidades, confesiones de fe, absoluciones o epitafios y giros de los amantes. Como no podía ser de otro modo, le tocaba a Zoe subir y bajar las mismas al buzón, aplicándose a esa vida diaria del patio común. Entre tanto, Zoe saludaba a una aspirante a actriz de toda la vida (que se conformaba con ser auxiliar de peluquería) y a su hija adolescente, en apariencia normal, quien a partir de la culpa y del duelo generado por la noticia de un suicidio, la aceptación del yo íntimo, del lenguaje y de la palabra desvariaba (que no es que tuviera ansiedad o fuera hiperactiva), presidiéndola siempre la imperturbable cortesía de su madre, que la peinaba con ironía o con la crueldad del quererla de más.

Así venía a ser la concurrida esquina de esa ciudad de la Base militar de Rota, sirviendo de cita para todos los sentidos, de gran edificio y de levedad, más todos los pretextos, pues además sufrían por antonomasia el desprecio de la propia lengua, y les regía el color y la simbología de la bandera e idioma estadounidense en el mañoso Golfo de Cádiz. Antaño, ni la miseria les dejaba quererse, sirviendo ya como un nuevo mundo de sabores a los militares, habiendo dejado atrás los años en los que darse a comer caldo de nabo con algún hueso, o el azúcar de las algarrobas con suerte. Aquella Rota que devoraba a sus hijos, pero que no los masticaba.

Plegarias atendidas, otras voces, otros ámbitos. Aun así, había mucha gente, y faltaba gente. Y los techos de las mujeres no eran de cristal, sino de cemento. Y eso, con cinco décadas como poco, de una España que ya no existía.

En el mundo de la psiquiatría situaban al marido de la puta que ya no estaba (Alicia), sobrellevando a trabajadores de hospitales y a centros de mayores, amén de los militares que le tocaban en su cartilla. Existencias que

abarcaban, además, la subjetividad de etiquetas diagnósticas del tipo trastornos psicóticos, afectivos y de la personalidad. Desempeñar profesionalmente también en Sevilla, incluso hasta en Getafe, no era pura coincidencia ni una fórmula canónica para no estar aguantando en Rota los devenires de su mujer. A su modo, el psiquiatra pretendió como esposo y militar apartarse de esa frontera tan porosa, inestable e insana del estar en boca de todos. Y cada vez que bajaba Zoe a entregarle una carta a Alicia, un sargento raso ya le avisaba, nada más echarla en la ranura misma de donde habría de recogerla el empleado de correos. Por su gran culpa debía de tomarse un café con leche Zoe y justificarse, entre otras nimiedades. Bajaba por propia voluntad, ante la repentina y truncada agonía de huir precipitadamente cuando le subía una visita a la débil, dubitativa y atormentada mujer que parecía Manuela, normalmente taxistas en sus trasuntos, y algún que otro narcotraficante y proxeneta a sueldo de los generales de la Base, fuera de los horarios y días de Don Lázaro y Don Agustín (como no podía ser de otro modo). Tal vez olvidaría sus nombres, no así el abrazo que les hacía gemir de placer. Ella sí daba un servicio veinticuatro horas las veces que no tenía el periodo, adaptando sus variados trabajos, cuerpo y mente. Había uno que bien que se lo sabía. Alguien que llevaba un pez rojo tatuado, nadando en su pecho. El que bien gozar esperaba, cuando esperando, desesperaba. Cuyo mayor gusto era burlar a una mujer y dejarla sin honor. Hablar, siempre hablaban del amor de pareja, del amor a la hija, del tiempo que volaba. Había mentiras estúpidas, e interpretaciones muy sugerentes. Y militares que daban miedo, y los que daban asco. También abrazos que sabía que los querría repetir siempre (en los que no se decía nada, pero que se apretaba fuerte), tanto que sonreía al recordarlos.

Ahora bien, el caos no era tanto como pudiera parecer, ni dentro ni fuera de la Base militar. Todo era como el camarote de mando de un barco: vigas de madera engarzando unas con otras a la perfección, y aun así chirriando y crujiendo como los peores augurios por entre paredes enjalbegadas, esquivando todos al antiquísimo barbero y su navaja y mano afiladas de más...

Bien avanzado el mes de noviembre prácticamente todos celebraban el día de Acción de Gracias. El mundo no claudicaba, por calendarios que desechasen. Seguía habiendo de todo, bueno o malo. Y las idiosincrasias imperaban más que nunca. La hija de un militar de los de allí trabajaba en un hotel, y antes en una estación de servicio; acompañándole el mar al levísimo sonido de sus cabellos. Todavía, la madre iba de puntillas en medio de la noche a verla dormir, o pretenderlo, justo antes de buscar fruta menuda o un pedazo de pan con chocolate en el insomnio, sin ni pararse a pensar dónde estaría su marido, el jefe militar de la Base hispano-estadounidense. Esa madre se atiborraba a potentísimos fármacos, o bien pisaba la calle descalza, lo uno y lo otro debía de contenerle o contentarle en algo, pues lo llevaba haciendo años y años. Ni siguiera en las bóvedas de la fe cristiana o anglicana encontraba excusas para justificar lo de su marido. Las farmacéuticas, tan necesarias y tan peligrosas, estaban encantadas con la esposa del coronel, casi más que el sector del taxi, que compraban lo suyo y lo de otros y repartían a mansalva. Tomaba parches de fentanilo día sí día también la esposa del coronel Don Carlos. En una sociedad sobremedicada daba igual una persona más que otra. Y si no era suficiente, esa mujer tiraba de la vergüenza suya y de la de otros muchos sujetos, desnudándose de cintura para abajo completamente cuando le faltaba la ansiada

medicación. Se tenía en tan poca estima que había olvidado ejercer su parte del matrimonio; quizás, rara vez en sueños.

Costaba creer que con tales acuarelas fueran las mujeres las que habían llegado a tener los mejores estudios de cuantos allí residían y trabajaban, superiores en su mayoría, y que prácticamente ninguna viviera de su trabajo, sino de los hombres; máxime, en la provincia ibérica de Cádiz, empobrecida hasta la saciedad, de no ser por el turismo y esa Base militar española prestada a los americanos. Americanos que quitar, no quitaban nada; siempre daban algo. Paloma se llamaba la esposa del coronel, la del fentanilo y el quitarse las bragas si andar bien descalza no la calmaba cuando su hombre y jefe mayor no estaba con ella a falta de medicinas varias, y sí con la otra, la de las cartas a Alicia y las redes sociales, o bien dirigiendo las maniobras de su personal. Margarita, que ejercía como otros tantos fisioterapeutas oficiales del entramado militar destinado en la Base, le hacía de confidente (con el peligro de estar cuerda) a la esposa del coronel y a los negros llegados de Florida, Arizona, Massachusetts y Chicago fundamentalmente. Podía ser dulce y cariñosa, o dura como un camionero. Tratar a blancos no podía, por instrucciones que hubiera de salvar al mundo. Todavía quedaban en pie algunas que otras absurdas brújulas morales por erradicar del todo, como también la cuestión de la descendencia. Pero tratar a negros, ellas no podían. De hacerlo incumpliría una de las ordenanzas internas de esa Base Naval y unión de dos mundos. Y por su edad, difícilmente lo haría. En ese singular entramado, la misma había desarrollado una personalidad híbrida, combinando los dos idiomas y elementos culturales e intereses mutuos que no toda persona sería capaz de representar y dignificar en los días normales y también cuando había días de gala; su marido estaba orgullosísimo de la misma, pues ensalzaba lo mejor de las fuerzas armadas y la vida real, incluso en esos años en los que estuvieron albergando al personal militar evacuado de Afganistán, que alguno quedaba.

Doña Paloma pareciera haber nacido allí, en la misma Base de Rota (cristiana vieja hasta los huesos); él, en el pueblo, hijo de su padre, otro militar convencido de que las guerras y las armas cambiaban a las personas (incluidas las gentes patéticas y enamoradas), como la mayoría de los pescadores de la zona. Imágenes que no eran meras ensoñaciones de su cerebro entumecido, sino que salían a la palestra en todas las convocatorias de reuniones, a colación de las quejas de los militares y de las que defendían celosamente su gran soledad y no ocultaban su rechazo a tanta pelea de gallos (el número de malhechores no autorizaba el crimen), usados con miseria y pudor. La muerte, los incendios y los robots hacían a todos los hombres iguales. La muerte podía llegar a ser algo tan desconcertante que podía cambiar hábitos y costumbres. En ciertas noches, al mandamás podían zumbarle los oídos del timbre de la puerta y los sonidos del móvil, avisándole y casi que, arrebatándole el felpudo, porque habían pecado de mil maneras sus chicos, o las rehalas de perros y ruecas de gallos que criaban en la trasera de un desvencijado hangar, muy bien pintado por fuera. Valentías y corajes, mentiras, que no cambiaban nada y lo hacían todo necesario, pues los hombres, si no luchaban, precisaban ver luchas varias, aunque fueran de emplumados animales, perros o tejones. Otra gran industria para el pueblo que albergaba esa Base militar desde comienzos de la década de los cincuenta, estando los soldados de uno y otro país, durmiendo en el mismo recinto, cada cual, al mando de su comandante y todas o ninguna nación, pues el marcado acento andaluz y las vecindades casi que podían más que el atronador ruido constante de los aviones en su devenir. Juan Montepinos era quien más sabía de esas peleas, uno que siempre había llevado una vida impropia de un general, y quien dirigió en parte las maniobras que condujeron a transformar vastas franjas de campo y mar en ese infinito de la Base. Juan tenía noventa y siete años, y jamás había hecho uso de Manuela. Alguien que sabía que el orgullo costaba más que el hambre, la sed o el frío, y que a sus años tenía que ir comiendo cada vez menos o se arrepentiría de su mujer, que no siempre se tomaba las cosas por el lado bueno. El azul de sus iris todavía acojonaba si te miraba de frente, correspondiéndole su carácter con esa fijación de su mirada. En sí mismo era alguien carente de inocencia o, todo lo contrario (la mano izquierda del diablo, como muchos oficiales de la armada versados en el terreno de la indecencia personal). Un tipo grande, que ayudaba en la limpieza de los bloques, arengando. En absoluto, un anciano parco en palabras por edad avanzada que tuviera (la vejez empezaba cuando se perdía la curiosidad). Les tenía tirria a los cigarrillos de tantos que se había fumado. Visitaba con regularidad la rendija del ascensor de todos los bloques porque no se convencía de que nadie hubiera echado una colilla hacia el agujero mismo del friso, oportunamente, y así hacía caso al médico y caminaba. Su hija siempre andaba haciendo una gran colada de ropa de cama. O bien, trabajaba ayudando en la tintorería aprestando con su voz a las que limpiaban demasiado poco, encima en seco, y muy despacio a su parecer. No parecía la hija de Juan Montepinos, por pequeña que era. Hacia las cuatro de la tarde desprendía un magnetismo sexual discreto pero sólido, que le contentaba el sargento Guzmán si podía. Un tipo bendecido, con una percepción para con la naturaleza interior de las mujeres que la mayoría de la gente no poseía, el cual se erigía sin retóricas. De buenas,

Juan Montepinos respondía sin levantar la cabeza; de malas había que justificarle que no se era bullicioso ni alcohólico, o peor aún, de vida licenciosa. Y eso que jamás fue alguien que se vistiese de estambre, fustón y lino, ni que fuese hijo de un armador. Posibilidad que jamás descartaba la primera dama en cubierta de esa Base. Su agradable timbre de soprano daba por culo siempre que podía, por pequeña y chillona que era su hija (pesaba menos que una sombra en la pared). Ella sola llamaba a la tropa si la megafonía no daba abasto con tanto aterrizaje y despegue. Venía a ser alguien irrecuperable, de esas que ni sabía perder el tiempo con imposibles. Un cuerpo delgado, pero sorprendentemente vigoroso. Sin embargo, había alguien más indiscreta, incluso chismosa. Alguien a quien habían de pagarle por horas o espantaba a los clientes. Que intentaba obtener las referencias necesarias como para denunciar. Una señora mayor, que, por extravagante, osaba a gritarles a los hombres, aunque fuera bien tarde. Su madre, Doña Eulalia, otra de avanzada edad. La querida esposa de Juan, quien sufría un desorden obsesivo que le hacía intratable. Tratar con ella aportaba demasiada dosis de realidad, fuera o no un viernes por la noche. Profería insultos con los brazos en jarras. Era su modo de desnudar el alma y de no asumir las culpas, pareciéndose a un espíritu escapado de la tumba. Y como los perros, podía oler la regla y los embarazos.

Los lunes, miércoles y viernes era cuando debía pagarle Zoe a la hija; martes, jueves y sábados a la otra, la madre (que contaba de una manera particularmente aguda). Juan nunca tocaba el dinero. Los domingos, elegantemente vestidas, ellas y sus atuendos descansaban, hábito que les duraba hasta pasados unos minutos de las doce de la madrugaba del domingo al lunes, que era cuando volvían a ajustar cuentas. Pagos casi diarios, dinero en

mano o en especie. Horas antes, hacia la tarde menos vespertina, siempre las recibía el coronel Don Carlos Vela y su esposa Doña Paloma, luciendo un vestido negro y zapatos que antaño fueron de charol y reconvirtió; él con el uniforme de domingo. Ataviadas las dos de negro, parecían un ejemplo vivo de decencia en esa supuesta comunidad primitiva a pocos metros de diseños hipersónicos y reactores de ultimísima generación. Juan Montepinos sabía que tenía dos buenas contables en casa, y el coronel. El dinero se lo repartían a partes iguales. Y algo dejaban para las flores de las lápidas de los caídos en combate, pero en su mayoría lo hacían circular. A muy pocas personas se les podía atribuir esa soberbia de trapichear delante de los mismísimos americanos, armados hasta los dientes, sometidos a husos horarios que para los hispanos no dejaban de ser caprichosos y necios, cruzando una y otra vez el ancho mundo.

De Manuela nunca hablaban; quizás, algo de Zoe, y cosas del municipio de Rota, donde se tomaban algunas frituras en según qué días, hacia la Plaza de España, junto al ayuntamiento más internacional de la península ibérica. Una entidad local que había de regentar no solo la Base Naval, sino también veintinueve mil almas censadas, y otras tantas sin censar, pero que contaban también en las mordidas. Los municipios vecinos, como Chipiona, Sanlúcar de Barrameda o la mismísima ciudad de Cádiz sabían perfectamente que lo más que podían acercarse era a catorce metros del límite territorial, salvo para gastarse el dinero. Los americanos eran buenos disparando, y los españoles señalando. El aeropuerto de Jerez, la base aérea de Morón y el aeropuerto sevillano de San Pablo, cómo no, también se beneficiaban.

En esos bloques de pisos y estrategias carrozadas el trajín era sobrehumano cuando se quería. La escuela debía enseñar a leer, a escribir, pero

sobre todo a contar. No con los dedos, sino con las propias fuerzas. Trabajaban para líderes revolucionarios, para los países firmantes del Tratado del Atlántico Norte, y para quien dejase dinero contante y sonante. Esa comunidad y vecindario, ante todo, quería vivir bien y su parte del pastel. La ordenanza que regía las instalaciones decía muchas cosas más, pero, sobre todo, hacía hincapié en que juntos sumaban más que ninguno por separado. Los listillos o inquietos, con familia o sin ella, eran devueltos conforme llegaban. La red de espionaje funcionaba como anillo al dedo. Medio kilo de hachís en el maletero de un coche o bajo el catre conseguía que la gente se tomase el interés debido y que preguntase lo que había de preguntar, cómo, cuándo y a quién. Tal era el prodigio emocional y narrativo de los informadores que, de principio a fin, en su vasto y contundente diario lo reflejaban todo sin miedo a la memoria, ni a la vida o a la muerte, pareciendo sonar bien todas las acusaciones. En seis cintas de audio de las antiguas se podían tener datos como para derrocar a cientos de gobiernos y empresas. Muchos de los cuales, alguna que otra vez jugaban a la ruleta rusa con los intereses y el dinero de todos sus representados. El coronel Don Carlos, avisaba a su homólogo americano, apodado Maggie O'Farrell, y éste debía aceptar, o viceversa. A veces nombrar era sostener la herida, en otras que el bolso de su respectiva mujer se llenase de vida y dinero (luminoso y certero). Un hipnótico juego de excelencia y de encuentros, que solían darse al borde de la playa (de no haber mar y playa todo sería un amarillo socarrado), justo en esa línea de costa para ellos solos, cerrada para quienes no fueran militares de la Base. Un plan mucho más allá de la esperanza, en un tiempo de reservas. Las mujeres, siempre avezadas, cartografiaban mejor que ellos (coronel y general) esos momentos, hasta tal punto que la compostura dejaba un testimonio de orden mayor sin necesidad de los sables, los redobles de corneta y las banderas, en esa inexpugnable caja fuerte que era la Base militar de Rota. Una ciudad, y pueblo, que fulgía exuberante.

-No se sube al cielo con la boca y los ojos abiertos -se despedían-, ¿verdad?

Lo que parecía ser un demoledor manifiesto de guerra jamás acababa en la indefinición de lo sentimental, ni en la complacencia melodramática de un paseo por la orilla del mar. Solían darse la mano como hombres y militares.

-Otro día, otra ronda -se decían luego, seguros de sí mismos; y ellas se daban un beso sin necesidad de decir nada.

Besos que volvían una y otra vez a encontrarse.

Todo era singular en esa Base. Todo era distinto, por normal, hasta los taburetes y las sillas de enea donde descansar que se sacaban a los trancos de las puertas o más allá para tomar el fresco viéndolo pasar. Por la noche, era como si sonasen distintos los coches. De no haber trasteo con los aviones la Base podía ser el retrato de una utopía abandonada. Gentes de antaño convertidas en progreso y futuro apoderándose de todos los sentidos y ningunos. Naturaleza virgen y vestigios de otros tiempos, salvo por el aire metálico de las tecnologías. La vasca solía escucharlos (le encantaba el sonido de los coches en su deambular), hija de una andaluza muy andaluza, su madre Manuela, la que se casó con el sargento Goicoechea hacía ya muchos años, y que luego, a la postre, consiguió llevárselo a su tierra, abajo, muy abajo y lejos del norte peninsular, orquestando el más hermoso sacrificio, como la mayoría de toda esa prole olvidada que se buscaba la vida haciendo de militar y de lo que fuera.

A todos ellos (altos mandos incluidos, esposas y demás comunidad), Juan Montepinos, que hablaba poco y aun así era como la mierda de perro (que estaba en todas partes, día y noche, noche y día), decía:

-Cuando te mueres, no sabes que estás muerto, no sufres por ello, pero es duro para el resto. Lo mismo pasa cuando eres imbécil. O el ser fiel cuando lo que vemos no nos tienta o cuando nadie nos mira.

La gente escuchaba lo que decía, y no aplaudían venganzas absurdas. Ese tipo apodado el Lobo, Juan el Lobo, o sencillamente Juan el bonico, hablaba bien poco, pero podía no callarse nunca. A Zoe le tenía dicho, de siempre:

-Las fotos viven, las fotos también envejecen. Ya sabes mi niña guapa, compartimos la suerte con quien compartimos la vida.

Sí, el sistema emparejaba a los mentirosos con los desesperados, y el pasado se volvía más tangible cuando uno estaba en el lugar de los hechos sin expresar sorpresa o deleite al ver las rarezas, los cálculos de valor y las rudas manos en suma con la precisión tecnológica. Y donde la lluvia caía a ráfagas.

Otras modas pasaban, el dinero y la vida no.

-Ya no quedan tontos, hay ineptos, capullos, estúpidos, gilipollas y desagradecidos, ¡muchos! ¡De todo!, pero tontos no quedan. Tiras una moneda al aire y desaparece; padre -porque Zoe respondía así a Juan Montepinos.

La prudencia debería ser la única prioridad. Máxime cuando apostar doble o nada era una falta de respeto; como poco, tres a uno, no menos en tal lugar.

La metralla y las diversas heridas eran algo común, también los dignatarios y sus bailes benéficos o las innumerables apuestas y lo insostenible de que los pensionistas tuvieran más ingresos que sus hijos trabajadores, cuando tenían la suerte de tener un trabajo, que no siempre, pero en Rota,

cuando menos, algo había. Rota tenía su Base, su permanencia, su exclusión. Una Base Naval era una entidad arquitectónica, administrativa y funcional con organización propia. Todo ello en un lugar muy de ponerse motes y donde el chocolate (uno y otro) siempre fue bueno contra la depresión, siendo lo militar lo primero y lo último. Y donde las frases adulteradas con gracia y sapiencia o el pitorreo de los motes, los tacos y los cachondeos aún contenían su sentido primigenio. Un estudio llevado a cabo por psicólogos había demostrado que la gente que más tacos soltaba tenía una mayor capacidad lingüística. Luego, que las personas que insultaban eran más inteligentes no dejaba de ser una jodida verdad para todos esos hijos de puta y la mierda de la Base Naval, con hombres y sus banderas que se jugaban la vida para invisibilizar a las mujeres, y otros (seres que podían ser la vergüenza del género humano; que, por no saber, no sabían lo que significaba vestirse, ducharse o ponerse una prenda de ese siglo).

El estado del bienestar en Europa se había reducido a eso: a vivir del cuento (gallinas que comían oro y cagaban plomo).

Al margen de la Base, Rota era un pueblo pequeño con una comisaría pequeña y delitos pequeños. Una familia de mucha gente, no de cuatro. Y donde el mal siempre venía de Francia para los españoles. Personas, en definitiva, que a cualquiera que se le preguntase confirmaría que, en cuestiones de amor, era mejor rechazar que ser rechazado.

La silla de ruedas no impedía ser madre ni ganar medallas, creía Manuela en todo ese calor, nada piadoso, de la canícula de Rota y su Base Naval. Rota. Una palabra que no decía nada y que lo escondía todo. Y donde la pauta era: "Aquí las cosas son bastante simples, haz lo que te digan y tendrás una buena vida". Para todos, incluidos los militares cómo no.